

Si los Caribes del Orinoco han tenido desde el principio del siglo XVI<sup>o</sup> diferentes costumbres que los de las Antillas, y si siempre se les ha acusado sin razon de antropofagia, es difícil atribuir esta diferencia á una mejora de su estado social. El contraste mas raro se observa en esta mezcla de pueblos, en que unos viven de pescados, monos y hormigas, y otros se ocupan mas ó menos en cultivar, en fabricar ó pintar loza de barro y tejer hamacas ó telas de algodón. El carácter y costumbres de una nacion explican, al mismo tiempo que su lengua, el estado pasado y presente; solamente conociendo la historia entera de la civilizacion, ó la estolidez de una horda, y observando las sociedades en sus descubrimientos progresivos y diferentes estaciones de la vida, se podrá llegar á resolver problemas que el solo conocimiento de las relaciones actuales no puede descubrir.

« No podeis figuraros, decia el viejo misionero de Mandavaca, lo perversa que es esta familia de Indios; acojeréis, por ejemplo, gentes de una poblacion, en el pueblo que os parecerán asables, honrados y buenos trabajadores; les per-

mitiréis tomar parte en una incursion que haceis para atraer los naturales, y tendréis mucho trabajo en impedirles que degüellen cuanto encuentren y escondan porciones de cadáveres. » Reflexionando sobre las costumbres de estos Indios, es preciso asombrarse de la reunion de sentimientos que parecen excluirse mutuamente, de esta potencia de los pueblos á no humanizarse sino parcialmente, y de la preponderancia de usos, preocupaciones y tradiciones sobre las afecciones del corazon. Teniamos en nuestra piragua un Indio fugitivo del rio Guacia, que en pocas semanas se habia civilizado bastante para sernos útil á disponer los instrumentos necesarios para las observaciones de la noche. Manifestaba tanta dulzura como inteligencia, y teniamos deseos de aficionarle á servirnos; pero; cual fué nuestro sentimiento cuando supimos hablando con él, por medio de un intérprete, « que la carne de los monos marimondos, aunque mas negruzca, le parecia tener el gusto de la carne humana! » Aseguraba que *sus parientes* (es decir la gente de su tribu) « preferian en el hombre y en el oso el interior de las manos, » y esta asercion fué

con demostraciones de una alegría salvaje. Hicimos preguntar á este jóven, por otra parte sosegado y muy cariñoso en los pequeños servicios que nos hacia, si conservaba aun algunos deseos de comer de algun Indio cheruvichahena; y respondió sin turbarse « que viviendo en la mision, no comeria sino lo que viese comer á los *padres*. » Las reprehensiones hechas á los naturales sobre el abominable uso de que hablamos aquí no producen efecto alguno, y es lo mismo que si un brama del Gange, viajando por Europa, nos reprehendiese de la costumbre de alimentarnos con la carne de los animales. El Cheruvichahena era, para el Indio del Guaicia, un ser que en nada se le parecia, y creia tan justo quitarle la vida, como quitársela á los jaguares del bosque. No comer sino lo que los *padres* comian, estando en la mision, era únicamente por respeto á ellos, pero cuando los naturales vuelven á juntarse con los suyos, ó que se ven atacados por el hambre toman inmediatamente sus antiguas maneras de antropofagia. Nos hubiéramos sorprendido de esta inconstancia en los pueblos del Orinoco, si muchos

y muy terribles ejemplos no nos trajesen á la memoria lo que pasó en las grandes hambres de los pueblos civilizados. En el siglo XIII<sup>o</sup>, se extendió en Egipto la detestable costumbre de comer carne humana en todas las clases de la sociedad, prefiriendo con particularidad la de los médicos, á quienes tendian lazos extraordinarios. Gentes que tenian hambre fingian enfermedades, y los hacian llamar, no para consultarlos, sino para comérselos. Un historiador muy verídico, Abd-Allatif, nos contó como un uso que inspiró al principio horror y espanto fué mirado despues con la mayor indiferencia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Relacion del Egipto, por Abd-Allatif, médico de Bagdad, traducida por M. Silv. de Sacy, pág. 360-374.* Cuando los pobres empezaron á comer carne humana, era tal el horror y espanto que causaban comidas tan extraordinarias, que estos crímenes eran el objeto de todas las conversaciones sin que se concluyese ó agotase la materia de ellas, pero se acostumbraron, y concibieron despues tal gusto por tan detestables manjares que se viéron á las gentes ricas, y de clases distinguidas, hacer de ellos su alimento ordinario, comerlos por regalo, y aun hacer provisiones. Se inventaron diversos modos de condimentar esta carne, y una vez introducido el uso, sepropagó tanto en las provincias, que no hubo parte alguna en donde no se viesen repetidos ejemplares. Ya no

Los Indios del Casiquiare, volviendo con facilidad á sus usos bárbaros, descubren en las misiones inteligencia, algun amor al trabajo y sobre todo una grande facilidad para explicarse en castellano. Se nos ha contado que los Indios del Casiquiare y del Rio Negro son preferidos en el bajo Orinoco y aun mas en la Angostura, por su inteligencia y actividad, á los habitantes de otras misiones. Los de Mandavaca son célebres entre las poblaciones de su raza por la fabricacion del veneno curare, que no cede en fuerza al de la Esmeralda, y desgracia-

causaba sorpresa alguna, y el horror que se concibió al principio desapareció enteramente, sin que ya se oyese ni hablase mas que como una cosa indiferente y ordinaria. El furor de comerse unos á otros se hizo tan comun entre los pobres, que la mayor parte perecieron de este modo. Los malvados usaron de todo género de astucias y picardías para sorprender á los hombres y llevárselos á sus casas bajo falsos pretextos, como sucedió á tres médicos que me veian frecuentemente, y á un librero que me vendia libros, hombre de bastante edad y gordo, que cayó en sus redes, y solo se salvó por milagro. Todos estos hechos, que contamos como testigos oculares, los hemos visto por casualidad, porque evitamos ver á menudo unos espectáculos que nos causaban tanto horror.

mente esta fabricacion ocupa mucho mas á los naturales que la agricultura, á pesar de ser excelente el terreno de las costas del Casiquiare en donde se encuentra una arena granítica negruzca que está cubierta en las selvas de espesas camas de *humus*, y de una greda casi impenetrable al agua en las orillas del rio. El suelo del Casiquiare parece mas fértil que el valle del Rio Negro en donde el maiz no prueba bien. El arroz, las habas, algodón, azúcar y el añil, dan abundantes cosechas, en donde se ha ensayado su cultivo. Nosotros mismos hemos visto el añil salvaje al rededor de las misiones de San Miguel de Davipe, San Carlos y Mandavaca.

La humedad del aire y la abundancia de los insectos, que es consiguiente, oponen aquí, como en el Rio Negro, obstáculos casi invencibles á los nuevos cultivos, en donde ni aun con un cielo sereno y azul jamas hemos podido encontrar el higrómetro de Duluc por bajo de 52°. Por todas partes se hallan estas grandes hormigas que marchan por bandas cerradas y que dirigen tanto mas sus ataques contra las plantas cultivadas, cuanto que estas son mas herbáceas

y jugosas, al paso que los bosques de aquellos parages solo ofrecen vegetales con troncos leñosos. Cuando algun misionero intenta cultivar ensaladas ó algunas legumbres, se ve obligado, digamos así, á suspender la huerta en el aire, para cuyo objeto llena una canoa de tierra buena, y despues de haberla sembrado, la cuelga á cuatro pies del suelo por medio de unas cuerdas del coco chiquichiqui, ó bien la coloca sobre un andamio de madera hecho al efecto.

Teniendo que luchar aun durante ocho dias contra las corrientes del Casiquiare, y siendo el pais que debíamos atravesar antes de llegar á San Fernando de Atabapo, de tal modo desierto, que necesitábamos hacer una travesia de quince dias para hallar el misionero observante de Santa Bárbara, partimos de Mandavaca á las dos y media de la mañana. Despues de seis horas de navegacion, pasámos al este la embocadura del Idapa ó Siapa, que nace en la montaña de Unturan, y ofrece muy próximo á su nacimiento un arrastradero con el rio Mavaca, uno de los desagaderos del Orinoco, que tiene las aguas blancas y es la mitad menos ancho

que el Pacimoni, cuyas aguas son negras.

Los mosquitos, y sobre todo las hormigas, nos hiciéron dejar la orilla del raudal del Canuri, en donde hicimos noche antes de la dos de la mañana del 14 de mayo. A medida que nos adelantábamos, el rio era tan estrecho y sus márgenes tan pantanosas, que M. Blonpand tuvo mucha pena para poder llegar al pié de un tronco de *carolinea princeps*, cargado de hermosas y grandes flores de color de púrpura, cuyo árbol hace el mejor y mas bello adorno de aquellos bosques y los del Rio Negro. Durante el dia examinámos muchas veces la temperatura del Casiquiare, cuya agua no tenia en su superficie sino 24° (cuando el aire estaba á 25° 6'), que es casi la temperatura media del Rio Negro, pero 4° á 5° menos que el Orinoco. Despues de haber pasado al oeste la embocadura del Caño Caterico que tiene las aguas negras y de una transparencia extraordinaria, dejámos la madre del rio para abordar á una isla en que está establecida la mision de Vasiva. La falta de aire contribuye mucho para hacer pernicioso el clima de estos paises.

Despues de haber pasado el punto en que el Itinivni se separa del Casiquiare para tomar su curso al oeste hácia las colinas graníticas del Daripabo, encontramos las pantanosas orillas del rio guarnecidas de bambúes. Estas gramíneas, como árboles, suben hasta 20 pies de altura; su caña está constantemente combada por la punta, y es una especie de bambusa con hojas muy anchas. La bambusa latifolia, que parece pertenecer á las hoyas del alto Orinoco, del Casiquiare y del Amazona, es una planta social como todas las de la familia de las nautoides.

Nuestro primer bivaque encima del Vasiva fué establecido con facilidad: encontramos un rincon de tierra seco y libre de arbustos al sud del Caño Curamuni, en un lugar en que vimos monos capuchinos, conocidos por su negra barba y aire triste y bravío, pasearse lentamente sobre las ramas horizontales de un genipa. Las cinco noches siguientes fuéron penosas á medida que nos aproximábamos á la ramificación del Orinoco. El lujo de la vegetacion se aumenta de tal modo, que no puede uno formarse una

justa idea de él, aun cuando se esté acostumbrado á ver los bosques entre los trópicos. No se encuentra allí playa alguna, y una sola empalizada forma la orilla del rio. Se ve un canal de doscientas toesas de ancho que está cercado de dos enormes paredes entapizadas de bejucos y ramas. Muchas veces intentámos arrimarnos á ellas, pero sin poder salir de nuestra piragua. Al ponerse el sol costeámos la orilla por espacio de una hora con el objeto de descubrir, no diré un raso porque no existia, sino un sitio menos cerrado ó espeso en que á fuerza de hacha y trabajo pudiesen nuestros Indios ganar un terreno suficiente para establecer un bivaque de doce á trece personas, pues que nos era imposible pasar la noche en la piragua. Los *mosquitos* que nos atormentaban de dia, se amontonaban de noche bajo el *toldo*, es decir bajo un techo cubierto de hojas de palmas que nos servia de abrigo contra la lluvia. Jamas habíamos tenido las manos y la cara tan hinchadas; y el padre Zea, que hasta entonces se habia alabado de ser mas gordos y mas feroces los mosquitos en sus misiones de las Cataratas, convino en fin en que

las picaduras de los insectos del Casiquiare eran mas dolorosas que todas cuantas él habia sentido. A pesar de hallarnos en medio de un espeso bosque , tuvimos una dificultad muy grande en hallar leña para hacer fuego , porque en aquellas regiones ecuatoriales en que llueve siempre , las ramas de los árboles están tan llenas de jugo que no quieren arder.

El 18 de mayo al anochecer descubrimos un sitio en que la orilla del rio está guarnecida de cacaoteros salvages , cuya haba es pequeña y amarga. Los Indios del monte chupan la pulpa y arrojan la parte interior , que las recogen los de las misiones para venderlas á los que no son muy delicados en la fabricacion de su chocolate. « Este es el puerto del cacao , decia el piloto , en donde duermen *los padres* cuando van á la Esmeralda á comprar cerbatanas y *juvias* ( las almendras sabrosas del *bertholletia* ). » Sin embargo no hay cinco canoas que pasan anualmente por el Casiquiare ; y desde Maipures , es decir , hacia un mes no habíamos encontrado alma viviente sobre los rios que subíamos , que no fuese en la vecindad mas in-

mediata á las misiones del sud del lago Duracumuni , y dormimos en un bosque de palmas. Llovia á cántaros ; pero como los pothos , los arum y los bejucos formaban un enrejado natural tan espeso , nos encontrábamos al abrigo como bajo un techo de ramaje. Los Indios , colocados á la orilla del rio , habian establecido , entrelazando heliconias y otros musáceos una especie de techo que cubria sus hamacas. Nuestros fuegos alumbraban á 50 ó 60 pies de alto al tronco de las palmas , á los bejucos cargados de flores , y estas columnas de humo blanquizo que subian rectas hácia el cielo presentaban un espectáculo magnífico , pero para gozar de él apaciblemente hubiera sido preciso respirar un aire libre de insectos.

De todos los tormentos físicos , los que mas desaniman son los que , uniformes en su duracion , no pueden ser combatidos sino por una larga paciencia. Es probable que M. Bonpland haya recogido en las exhalaciones de los bosques del Casiquiare el origen de la cruel enfermedad á que estuvo para sucumbir á nuestra llegada á la Angostura. Afortunadamente para

él y para mí, no conocimos el peligro que le amenazaba. La vista del rio y el zumbido de los músticos nos parecian un poco monótonos; pero un resto de alegría natural nos hizo encontrar alivios en medio de tan largos fastidios. Descubrimos que comiendo pequeñas porciones de cacao molido sin azúcar y bebiendo mucha agua del rio conseguíamos apagar el apetito por muchas horas. Las hormigas y los mosquitos nos ocupaban mas que la humedad y la falta de alimento. A pesar de las privaciones á que hemos estado expuestos durante nuestras correrías en las Cordilleras, la navegacion de Mandavaca á la Esmeralda nos ha parecido siempre la época mas penosa de nuestra vida en América. Aconsejo á los viageros no preferir el camino del Casiquiare al del Atabapo, si no tienen una gran curiosidad de ver por sí mismos la grande division del Orinoco.

Pasámos la noche del 20 de mayo, última de nuestra navegacion del Casiquiare, cerca de la division del Orinoco, y tuvimos alguna esperanza de poder hacer alguna observacion astronómica, porque las estrellas filantes de un grandor ex-

traordinario eran visibles al traves de los vapores que cubrian el cielo. Las nubes se condensaban de nuevo, y no vimos los meteoros ni las verdaderas estrellas que esperábamos con impaciencia hacia muchos dias.

Se nos habia anunciado que encontraríamos en la Esmeralda insectos «mas crueles y voraces» aun que en el brazo del Orinoco que acabábamos de subir, y á pesar de esta espera, teníamos el placer de la esperanza que nos ofrecia dormir en un punto habitado y hacer algun ejercicio herborizando. Nuestra satisfaccion se turbó en el último bivaque del Casiquiare, y me atrevo á contar un hecho que, sin ser de un grande interes para el lector, puede á lo menos consiguarse en un diario que pinte los incidentes de una navegacion al traves de un pais salvage. Nos acostámos á la orilla de un bosque, y á media noche nos advirtiéron los Indios que se oian de muy cerca los gritos del jaguar, y que venian de lo alto de los árboles vecinos. Es tal la espesura de los bosques de estos paises, que apenas se encuentra en ellos otros animales que los que trepan y se encaraman sobre los ár-

boles, como los cuadrumanos, los cercoleptos, viverros y diversas especies del género *felis*. Como nuestros fuegos estaban bien alumbrados y que por un efecto de un largo hábito se llega uno á tranquilizar (podria decir sistemáticamente) hasta de peligros que no son quiméricos, hicimos poquísima atencion de los gritos de los jaguares. El olor y ladrido de nuestro perro (de los de la mayor casta de perros de presa) era quien los atraia, el cual empezaba por ladrar inmediatamente; pero cuando se aproximaba el tigre ahullaba y se ocultaba bajo nuestras hamacas como pidiéndonos socorro. En nuestros bivaques en las orillas del rio Apure, nos acostumbramos á estas alternativas de valor y miedo en un animal que era jóven, dulce y extremadamente cariñoso; ¡pero cual fué nuestra pena cuando nos anunciaron los Indios que el perro habia desaparecido! No podia dudarse que eran los jaguares los que se le habian llevado, pues que acaso él, no oyendo los gritos, se separaria de los fuegos al lado de la playa, ó quizá tambien nosotros no oyésemos los gemidos del perro porque estábamos sepultados en el mas

profundo sueño. Los habitantes de las orillas del Orinoco y el Rio de la Magdalena nos han afirmado muchas veces que los jaguares mas viejos (por consiguiente que han cazado de noche muchos años) son bastante astutos é intrépidos para coger los animales del medio del hivaque apretándoles el pescuezo para que no griten. Aguardamos una parte de la noche con la esperanza de que el perro se hubiese extraviado. Tres dias despues volvimos á la misma playa y oímos de nuevo los gritos de los jaguares, porque estos animales tienen predileccion por ciertos lugares, pero nuestras pesquisas fueron inútiles. El perro que nos habia acompañado desde Caracas, y que nadando se habia libertado tantas veces de la persecucion de los cocodrilos, fué devorado en el bosque. No hago mencion de este incidente sino porque da alguna idea sobre las astucias de estos gatazos de piel con pintas.

Entramos de nuevo el 21 de mayo en la madre del Orinoco, tres leguas mas arriba de la mision de la Esmeralda, y hacia un mes que habíamos dejado este rio cerca de la embocadura del Guaviare. Nos faltaban aun 750 millas



que navegar hasta la Angostura, pero la consideracion de que era á favor de la corriente dulcificaba nuestras penas. Descendiendo los grandes rios se sigue el *thatweg* (medio de la madre) por el centro, endonde hay pocos mosquitos, yes necesario, al volver á subir para aprovecharse de las hoyas corrientes, mantenerse cerca de la orilla en donde la proximidad del bosque y el *detritus* de las substancias orgánicas arrojadas sobre las playas, amontonan los insectos tipularios.

El punto de la célebre division del Orinoco ofrece tambien una vista imponente. Se ven altas montañas graníticas que se elevan sobre la orilla septentrional, entre las cuales se descubre á lo lejos el Maraguaca y el Duida. No hay montañas en la margen izquierda del Orinoco al este y oeste de la division hasta enfrente de la embocadura del Tamatama, que es en donde está colocada la roca Guaraco que, se dice, arroja llamas de cuando en cuando en la estacion de las lluvias. En los sitios en que el Orinoco no está rodeado de montañas y llega á la abertura de un valle, ó mas bien á una depresion que termina en el Rio Negro, se divide en dos bra-

zos. El tronco principal, que es el rio Paragua de los Indios, continua su curso hácia el oeste y nordeste, contorneando el grupo de montañas de la Parima, y el que forma la comunicacion con el Amazona se arroja en las llanuras, cuyo declive general está inclinado hácia el sud; pero los planos parciales van á parar al Casiquiare hacia el sudoeste en la hoya del Rio Negro hácia el sudeste. Un fenómeno tan raro en apariencia, y que yo he verificado en los mismos sitios, merece una particular atencion, tanto mas digna cuanto que puede dar alguna luz sobre hechos análogos que se cree haber sido observados en el interior del Africa. Concluiré este capítulo con algunas consideraciones generales acerca del *sistema hidráulico* de la Guyana española, y probaré con ejemplos sacados del antiguo continente que esta division, que por tanto tiempo ha asombrado á los geógrafos cuando han trazado los mapas de América, es el efecto de un concurso de circunstancias que, aunque raras, no se presentan menos en uno y otro hemisferio.

Acostumbrados á no considerar los rios de